

## ***Mercè Rodoreda. Semblanza crítica***

Diana Sanz Roig

La historia enseña que hay personas que brotan en la memoria en voz baja, murmurando, sin levantar suspicacias, como Mercè Rodoreda (1908-1983), auténtica renovadora de la historia de la literatura en una España agitada y destruida por la ideología invisible de las cabezas rectoras del país. Escritora en lengua catalana, su obra narrativa, ampliamente traducida y divulgada, ha marcado un hito en la literatura catalana de posguerra y en la creación de una nueva conciencia narrativa. Nacida en Barcelona en 1908, colaboró muy tempranamente en distintas publicaciones como el semanario *Mirador*, *La Publicitat*, *La Revista* o *Companya*, plataforma editorial de la mujer antifascista.

De singular formación autodidacta, Rodoreda ejerció durante la Guerra Civil Española determinados cargos en el Comisariado de Propaganda de la Generalitat de Cataluña, viajando a Praga durante el conflicto bélico como representante del PEN Club Catalán. Impregnada de un profundo catalanismo, Rodoreda trabajó con la firme convicción de servir a su país. Así fue como emprendió en 1939 un largo periplo que terminaría por definir uno de los rasgos más característicos de su vida: la huída, una fuga que si bien inicialmente alumbró veladas esperanzas se iría transformando en un camino angosto y tortuoso. El exilio constituyó una experiencia nueva y contradictoria. Despojada de todo sentido dramático, significó, a pesar de las circunstancias, un modo renovado de vivir la juventud. Sus primeros años en Roissy-en-Brie -después en Burdeos, Limoges y París- junto a Joan Oliver, Xavier Benguerel o Pere Calders mitificaron la felicidad y el amor, sentimiento ligado a Joan Prats, agudo crítico más conocido con el pseudónimo de Armand Obiols. En el seno de esta camaradería intelectual, Rodoreda alentó sus expectativas vitales y profesionales trabajando para el Pen Club Catalán en París desde 1945 y ya desde 1954 como traductora de organismos internacionales en la capital suiza.

Tributaria de una buena lectura de Proust o Virginia Woolf, el paso del tiempo y el aislamiento impulsaron los motivos centrales de sus novelas y cuentos. Tales sentimientos, tan característicos de su producción narrativa, incrementarían la angustia y

la alienación, que ya no procedía de los crímenes de guerra o de la miseria sino de su propio interior. La pérdida de identidad y la expulsión del paraíso infantil, tránsito que Rodoreda vive como una experiencia traumática, pautan a este respecto dos de sus fijaciones más obsesivas. Prisionera de su propio sexo, Rodoreda contempla una vida sin libertad. Esta dualidad que quedará bien representada en algunas de sus novelas subraya fuera de toda duda la sensación de aislamiento y de soledad. Así se pone de manifiesto en *Aloma* (1938), novela que obtuvo el premio Crexells en 1937 y relata el hondo desencanto sentimental que experimenta una adolescente que como su autora no puede escapar de su condición femenina. Reelaborada para su publicación en 1969, y en un estilo que engarza felizmente la gradación de los estados de ánimo de la protagonista y el lenguaje coloquial, la novela logra una escritura amable y desenvuelta que se lee con fruición y sin tropiezos.

En su formación literaria frecuentes fueron las lecturas de Jacint Verdaguer, Víctor Català, Joaquim Ruyra, Sagarra, Maragall, Pla o Adrià Gual. De sus devaneos con la novela policíaca de Conan Doyle o la literatura fantástica de Poe, Borges o Kafka nacerán también muchos de sus cuentos. Para este propósito Rodoreda indagará en las técnicas desarrolladas por los cuentistas norteamericanos Steinbeck, Faulkner o Saroyan. No obstante, no es sino la figura de Katherine Mansfield el modelo que causará un pasmo reverencial en la escritura rodorediana. La escritora francesa Colette, y los principios que Woolf remarcaba en *A Room of one's Own* -el tiempo, el dinero, el ocio, el poder y la libertad- resultarán también elementos fundamentales para su creación literaria. A estos efectos, Rodoreda, defensora acérrima de la libertad, perseguirá tales anhelos estimulados a través de la literatura, el amor o el matrimonio. Casada tempranamente con su tío, catorce años mayor que ella, la escritora barcelonesa vivirá esta experiencia como una liberación truncada. Su andadura sentimental también estuvo vinculada a Andreu Nin y Francesc Trabal, postulante de la literatura que supo contagiarle su pasión por el cine y la fotografía.

De mimbres delicados, Rodoreda concibió la escritura como una terapia. La salvación a través de la obra, en palabras de Henri Michaux. Vida y obra, confundidas como dos espejos cóncavos, se entrelazaron incansablemente. La función catártica de la literatura propiciará a este respecto su determinada atención a la vida interior y a los sentimientos del hombre. Su obra, trágicamente vinculada a los horrores de la guerra, manifiesta una exploración constante de algunos temas que vertebrarán el conjunto de su trayectoria.

La infancia, la expulsión del paraíso, la soledad, el amor o la angustia de la existencia conferirán a su obra narrativa una honda dimensión temporal e interiorizada.

A excepción de *Aloma* (1938), las novelas anteriores al exilio -*Sóc una dona honrada?* (1933), *Del que hom no pot fugir* (1934) y *Crim* (1936)- fueron despreciadas por su autora. Con un renovado “bovarismo” y evidentes ecos tolstianos, Rodoreda reutiliza el sueño y la imaginación que en ocasiones resulta una experiencia negativa para encararse con la realidad del mundo. De estilo naturalista, *Aloma* recrea la fuga de las heroínas románticas a través de la lectura y el cine. En esta misma orientación surgirá su novela más importante: *La plaça del Diamant* (1962), narración en la que el lenguaje de una mujer del pueblo barcelonés transmite con singular eficacia su crónica de la vida cotidiana. Colometa -apodo que recibe el auténtico nombre de la protagonista, Natalia- transita en el mundo desorientada y perdida. Sus paseos por el barrio de Gràcia reflejarán la visión nostálgica de la Barcelona de los años treinta, ciudad que se había transformado en un espacio violento y escarnecido. La mujer, eterna protagonista, traducirá el sentir de su autora. Apasionadas por las flores y los jardines, sus heroínas intentarán proyectarse hacia la modernidad.

Entre su acervo literario también cabe destacar *Isabel i Maria*, novela inacabada que describe los conflictos íntimos de una familia burguesa afincada en San Gervasio; *El carrer de les Camèlies* (1966); *Mirall trencat* (1974) -su obra más compleja- y libros de relatos como *Vint-i-dos contes* (1958), obra que analiza el temor al envejecimiento y al abandono; *La meva Cristina i altres contes* (1967); *Semblava de seda i altres contes* (1978) y *Viatges i flors* (1980). Con frescura, espontaneidad y un sentido del humor profundo y sutil, sus relatos se dejarán contagiar por la belleza y el elemento natural.

En los años cuarenta, Rodoreda incurrirá tímidamente en el terreno poético. También se interesará por la pintura recreando a Klee, Picasso y Miró, y por el teatro. De estos merodeos surge *Un dia*, obra teatral de tema parecido a *Mirall trencat*.

La década de los años cincuenta y sesenta se corresponden con un período altamente creativo que inaugura cierta normalidad en la publicación de sus obras. Rodoreda escribirá tres novelas de escasa repercusión: *Jardí vora el mar* (1967), *La mort i la primavera* (1986) y *La plaça del diamant*, obra que no alcanzó el premio Sant Jordi de 1960 y se convertiría paradójicamente en una de las novelas más importantes de la literatura catalana. Llevada al cine de la mano de Silvia Munt en el papel de Colometa, *La plaça del diamant* traduce el clásico esquema de la ficción: inicio, aprendizaje de la vida, viaje metafórico. Colometa o Cecilia Ce, la protagonista de *El carrer de les*

*Camèlies*, experimentan la soledad como un exilio. La melancolía, tema constante en la narrativa rodorediana, contagiara a estos efectos el carácter de ambas heroínas que crecerán desde la inocencia a la madurez liberándose del dominio masculino pero perdiendo la juventud inexorablemente. Para Rodoreda, el amor y el devenir de la historia la han catapultado dolorosamente a la madurez. En ambos textos, la escritora catalana analiza el inevitable paso del tiempo.

La idea de la novela como un espejo parece haberse difuminado. Así se percibe en el título de *Mirall trencat*, novela que narra la vida de la burguesía barcelonesa anterior a la guerra. Con poderosa voz narrativa, el mundo elegante y refinado que relata en estos textos contrasta con la precaria situación económica que vivió la autora durante algunos años. El objetivismo no es posible. Sólo existen puntos de vista parciales y subjetivos. Siguiendo el influjo freudiano y las ideas sobre la novela de Proust, el origen debe hallarse en el interior de los personajes. Su producción narrativa, subjetiva y poética, se acerca al monólogo interior y a la escritura dialogada. Alejada de la narración realista y el behaviorismo, Rodoreda se instalará en las estrategias narrativas de Virginia Woolf.

En 1957 Rodoreda es galardonada con el premio Víctor Català por la recopilación *Vint-i-dos contes*, fusión de dos escenarios, las ciudades de exilio y el recuerdo nostálgico de su ciudad natal. Este galardón significará el reencuentro con los escritores catalanes y el planteamiento de un proyecto de gran envergadura, la edición de sus obras completas.

En sus años de ausencia, la escritora catalana tuvo el propósito de escribir una gran novela de exilio, una novela que deseaba titular *Dies* y que finalmente no salió a la luz. Repatriada en 1973, y galardonada en 1980 con el Premio de Honor de las Letras Catalanas y el Premio Ciudad de Barcelona, los últimos años de su vida se definirán por una holgada situación económica que le permitirá instalarse cómodamente en Romanyà de la Selva, Gerona. De esta época procede la influencia de movimientos esotéricos como el Rosa-Creu o el iluminismo y la publicación de *Quanta, quanta guerra* (1980), última novela que acusará el influjo de los elementos oníricos y retomará una desilusionada reflexión sobre la guerra, el alma y la inmortalidad, lógicas disquisiciones cuando la sombra de la muerte parecía asomarse a los plácidos vergeles de su jardín gerundense.